Nº 1 - Mayo 2013 - Madrid - Publicación gratuita

Impulso

Publicación Anarquista

Tomando impulso

A modo de presentación

Tienes en tus manos el primer número de un proyecto nuevo. Como todos, empieza con ilusión y, al ser un proyecto anarquista, empieza con el deseo de acabarse lo más pronto posible. Nos explicamos: nuestra publicación anarquista tiene como objetivo difundir las ideas libertarias, hacerlas asequibles a cuanta más gente mejor y provocar un vuelco en la sociedad de tal manera que nuestras críticas no sean necesarias, pues los problemas que señalemos se hayan superado. Deseamos fervientemente acabar cuanto antes; que nuestra tarea termine, que se sustituya el régimen liberal capitalista por un modelo humano, libre, igual, al que llamamos, sin rubor, anarquía. Será misión de estas páginas ir perfilando lo que es para nosotros ese mundo nuevo, ese mundo posible, esa anarquía.

Como no somos especialmente ingenuos, sabemos que unas páginas llenas de ideas no pueden tirar un sistema cruel y que se protege con todas sus fuerzas. Por ello, detrás de este IMPULSO editorial hay un nuevo impulso, en forma de coordinación de diferentes grupos anarquistas de Madrid, porque, como en todo lo que tiene que ver con los ácratas, las mentiras que se han dicho de nosotros han sido muchas, pero no han conseguido volverse ciertas por más que se repitan hasta la saciedad: los anarquistas creemos firmemente en el individuo, en la persona, pero entendemos que es necesaria la colaboración con los demás para lograr aquello que solos nos resultaría imposible. Por eso, de manera igualitaria, sin líderes y voluntariamente, unimos nuestras fuerzas y damos un nuevo impulso para empezar a acometer de nuevo la tarea del siempre anhelado cambio revolucionario.

Acabas de leer bien: llamamos al cambio revolucionario, pues pensamos que hay una absoluta urgencia y necesidad de que un nuevo modelo de sociedad surja y sea diferente, radicalmente diferente, del que tenemos: una nueva forma de entender la economía, la política, las relaciones sociales, la cultura e incluso, por qué no, lo personal. Eso no va a ocurrir mientras se piense que la solución a los problemas que tenemos (que son muchos y palpables) pasen solo por derogar una reforma laboral, cambiar unos políticos, frenar una privatización o detener un desalojo. Entendemos la urgencia, pero no le concedemos la importancia absoluta: es el sistema el que no funciona y solo con su final podemos aspirar a superar la sensación de ir tapando agujeros como quien achica agua de un barco agujereado. Y para eso, para esa tarea inmensa, nos organizamos como siempre lo han hecho los anarquistas: de manera asamblearia, sin depender en absoluto del Estado, sin subvenciones, sin profesionales a sueldo, con unas reglas mínimas, claras y aceptadas libremente, creando las condiciones para nuestra acción, en grupos que voluntariamente (federativamente) se unen a este proyecto que intentará ser un nuevo impulso, desde luego, para dar un primer salto en forma de coordinación de cada vez más grupos libertarios y, por supuesto, de sacar a las calles nuestra manera de entender el mundo y lograr la transformación social, la anarquía. Queremos invitarte a compartir reflexiones con nosotros/as y que esas reflexiones se conviertan en acción liberadora. Es la hora de tomar impulso.



Elogio moderado de la corrupción

Los escándalos de corrupción se suceden pese a que pasaron los años de la fiebre del ladrillo que se convirtieron en un fértil campo para ésta. No obstante, todos sabemos que la corrupción es la sal de la vida y se puede encontrar en todos sitios. De hecho, la corrupción no es algo circunstancial y su presencia se deja notar en cualquier rincón del planeta tanto en el presente como en el pasado.

Corrupción y poder

Los mecanismos del poder a menudo parecen sorprendentes porque sorprendente parece pensar que alguien que tiene millones se desviva por tener más millones. Los Bárcenas, Camps, Urdangarines, Pujoles y todos esos nombres que a todas/os se nos vienen a la cabeza de los distintos partidos políticos y alrededores, no son hombres acuciados por la pobreza, son hombres hambrientos de dinero porque si hay una ley fundamental en lo relativo al poder es que el poder siempre quiere perfeccionarse y, por tanto, tiende a generar mecanismos para consolidarse, fortalecerse y, como no podía ser de otra manera, expandirse. Por tanto no hay rico que no quiera ser más rico. No hace falta ser un agudo intelectual para conocer tal evidencia. Sinceramente: no se nos ocurre ninguna excepción a esta norma.

Todos ladrones

Si no nos falla la memoria fue un seguidor del inimitable Berlusconi quien dijo que el que no hacía lo que su amado (en aquel momento) presidente era porque no podía, no porque no quería. Este hombre dijo lo que muchos piensan y pocos se atreven a decir de forma pública. Así quien tiene poder lo usa en su beneficio y el que no lo usa es porque no tiene esa posibilidad. Ese seguidor de Berlusconi podía haber afirmado sin lugar a dudas que el poder corrompe y, por tanto, el que no se corrompe es porque no tiene a su alcance las posibilidades que otorga el ejercicio del poder (político en este caso).

Que en la época de la fiebre del ladrillo todo el mundo con ciertas ambiciones haya soñado alguna noche con ser concejal de urbanismo no es algo raro. Si aceptamos que vivimos en la sociedad del todos contra todos o lo que es lo mismo del sálvese quien pueda, no es extraño que este pensamiento sea recurrente entre los aspirantes a hombres/mujeres de bien.

Donde empieza la corrupción

Parece lógico pensar que en la sociedad hay dos tipos de actos o conductas: morales e inmorales. Y como saben hasta los niños de teta, en nuestro mundo la coincidencia de legalidad y moral no es muy habitual. Es decir, que hay actos inmorales que son legales y actos completamente morales que son ilegales. Por eso, la corrupción es un problema a menudo estúpido porque

SUMARIO:



abusar del poder o el enriquecimiento ilícito puede ser tan moralmente reprochable como el ejercicio del poder o el enriquecimiento legal. Un ejemplo simple: si el parlamento aprueba que el presidente del gobierno pueda cobrar 1 millón de euros al mes es justo, si el presidente usa su poder para apropiarse de un millón de euros mensuales de forma ilegal no es justo. Muchos amantes de la ley dirán que esas son las reglas de la democracia y que, por tanto, deben aceptarse. Nosotros/as creemos que esas son las reglas de una sociedad patética y ruin.

De la corrupción y el espectáculo democrático

Dicen muchos historiadores que durante décadas ciertos avances en materia social fueron el resultado del empuje de los de abajo en eso que ha sido denominado lucha de clases. Desde que en las últimas décadas se ha consolidado la lucha de clases como mero espectáculo (ya que el combate es sólo aparente pues las luchas son un simple teatrillo institucionalizado) sólo pequeños reductos de lucha contra la dominación total del sistema capitalista han escapado a la regla general. Por supuesto, nadie puede creer que este fenómeno es aislado pues la democracia es en sí mismo un espectáculo: la apariencia de la participación, la apariencia de la igualdad, la apariencia de la libertad, y, por supuesto, la apariencia de la justicia. Así podemos ver en los medios de comunicación el espectáculo judicial: Carromeros encarcelados unos días, indultos selectos para amigos de consejeros, sentencias de risa y cárcel preventiva para huelguistas y aquellos que luchan...

Parece evidente, por tanto, que creer en la justicia no es creer en el sistema judicial. Creer en el sistema judicial es, básicamente, creer en el derecho de las clases dominantes a tener el monopolio de la violencia. Creer en los aparatos judiciales es confiar consciente o inconscientemente en que las hostias tienen que ir sólo para un lado.

Lo que hoy es motivo de corrupción podría ser mañana legalizado. Lo legal o ilegal no debiera distraernos más de los necesario: la honestidad que es lo importante está contra el sistema de dominación. Y la honestidad está con las personas dignas, no con las instituciones.

Contra el dirigente

Importantes personajes han desfilado por los medios de comunicación últimamente, unos en papamóvil otros en féretros y, algunos, erigidos por los media progresistas como nuevos gurús entre un montón de micrófonos. Si alguien alberga alguna duda de quién estamos hablando, nos referimos a Hugo Chávez, el papa Francisco I (Paco a partir de ahora) y Ada Colau, figura insigne de la lucha contra los deshaucios como portavoz de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca.

Muchos se llevarán las manos a la cabeza por comparar a semejantes figuras. ¿Cómo podemos comparar al Papa, representante de una de las instituciones más reaccionarias y conservadoras a lo largo de la historia, con un revolucionario y una activista? Uno se nos ha presentado como un líder revolucionario de los pueblos oprimidos de América Latina y, la otra, como una activista social que invierte su tiempo en luchar contra una de las injusticias más palpables de esta crisis, los deshaucios. Incluso habrá algunos (menos, pero seguro que los habrá) que dirán que es un error poner al mismo nivel a una activista ciudadana, defensora de la democracia y sus valores, secuestrada por los malvados mercados, con un líder populista que ha hechos guiños amenazantes a la democracia representativa; siendo el caso a la inversa la de los seguidores de la revolución bolivariana, que dirán que es absurdo equiparar las conquistas revolucionarias arrancadas al capitalismo y al imperialismo *yankee* encabezadas por Chávez con las peticiones ciudadanistas, parciales, que acaban legitimando la democracia burguesa y sus miserias de Ada y su plataforma.

Pues bien, para nosotros es exactamente lo mismo. Pequeños matices pero, a grandes rasgos, la misma mierda: líderes en los cuales las personas delegan, negándose como personas libres y autocapacitadas y reconociéndose como necesitadas de ser dirigidas, cual rebaño, por el buen camino, personas al fin y al cabo que caen en la muerte en vida que supone renunciar a su libertad. ¿Qué revolución, qué lucha social puede ser mejor controlada y manipulada que aquella en la que los líderes revolucionarios son ensalzados por los medios de comunicación? Positiva o negativamente. Así, la nueva oligarquía parasitaria del Estado venezolano y su petroleo (boliburguesía) que ha desplazado a la burguesía occidental, convertida en nuevo *lobby* ha alimentado a través de sus medios informativos el culto a la personalidad de Hugo Chávez. Mientras que por otro lado, los medios de comunicación europeos y estadounidenses conservadores y liberales, atacan a la figura de Chávez. O con Chávez o contra él, esa falsa dicotomía desplaza y enajena la acción del pueblo como algo secundario (su imagen es sólo utilizada como muestra del *hoolinganismo* de los seguidores de Chávez). Un proceso revolucionario iniciado desde el Estado no es nada, sino mero espectáculo. Un capitalismo de Estado más amable, pero la misma tiranía y una nueva clase dirigente dispuesta a perpetuar las desigualdades.



La creación de estos líderes, dirigentes y demás representantes es posible gracias a la transimisión de la propia representatividad a otra persona: cedemos nuestra capacidad de representarnos a nosotros mismos a otra persona, cediendo parte (mayor o menor) de nuestro poder de decisión y actuación. Nos libramos, de este modo, de nuestra responsabilidad lo que nos permite acoplarnos en una cómoda postura infantil. Nuestra libre decisión se ve sustituida por la adoración a un ente externo (que puede ser el líder de turno o incluso el Estado), convirtiéndose sus actos en aquello que nosotros pensamos y defendemos, en el modelo de nuestros actos. Sea el representante de Dios en la Tierra, el representante de los parias en el gobierno o la representante de los/as desahuciados/as gracias a sus habilidades como política: sea por lo que sea, se reconoce como una autoridad que, por determinada superioridad con respecto a nosotros, tiene derecho a hablar por nosotros. Aludir a que nos sentimos identificados por lo que dice es eliminar las diferencias que nuestro discurso pudiera tener con el suyo por la fascinación que nos provoca el rol de autoridad que desempeña. La construcción de un líder, lejos de ser racional, está marcada por la adhesión emocional movida por cuestiones carismáticas; esto nos condena a estar en manos de politicuchos entrenados en retórica.

Por si esto fuera poco, dado que es imposible identificar cada faceta de nuestra vida con un ente externo, nos vemos obligados bajo un lider a renunciar a esas facetas que no se ven integradas en su figura. Así, Hugo Chávez consigue plantear el anticapitalismo como el único fin último de la revolución verdadera, el nuevo Papa deshecha todas las facetas de la vida que no sean la religiosa y Ada Colau presenta como transformadora la lucha contra los desahucios, renunciando a ver la causa del problema y centrando la atención exclusivamente en la consecuencia como si se pudiera solucionar una sin la otra. El ideal de la revolución social integral, del individuo consciente que analiza todas las relaciones de dominación que encontramos en las distintas facetas de la vida para liberarse de ellas, se ve reemplazado por idealizaciones de personas que encarnan sólo una lucha parcial para poder aglutinar a más gente.

Por suerte, somo aún muchos los/as que no nos dejaremos dominar, los/as que no estaremos dispuestos a renunciar a nuestra vida, los/as que siempre atacaremos a cualquier lidercillo o dirigente que nos intenta guiar como un rebaño. Somos aquellos a los/as que tacharán de locos/as por querer ser plenamente responsables de nosotros/as mismos/as y de nuestros actos aunque eso implique muchas veces sacrificios y disgustos, somos los/as hemos luchado, luchamos y lucharemos por la anarquía.

Ley de Costas

Para cuando se haya publicado este artículo parece que estará ya aprobada la nueva ley de costas que va a contribuir generosamente a continuar con la destrucción rápida de eso que llaman litoral español pero que en realidad es un simpático parque temático, una continuación de la megaurbe, una nueva ciudad periférica, el perfecto correlato veraniego del centro comercial, un nuevo complemento para la mercantilización del espacio (que hace décadas dejó de ser) natural.

La nueva ley de costas posibilita construir a 20 metros de la playa (frente a los 100 anteriores), lo cual va a impedir que los huéspedes de los hoteles de primera fila de costa (o los afortunados dueños de los apartamentos o lo que se construya) se vayan a poder tirar de cabeza al mar desde los balcones de sus soleados alojamientos. Ni siquiera con la marea alta. Tendrán que caminar ya que la desafortunada ley de costas no parece hacer excepciones ni siquiera con el protagonista real del espacio moderno, el automóvil que siguiendo la lógica propia de un país desarrollado debiera poder aparcar a la distancia adecuada para que los habitantes del automóvil pudieran probar la temperatura del agua asomando el pie por la puerta de éste.

Denunciar los obvios intereses económicos no es nuestra misión precisamente porque son tan evidentes que no creemos necesario aclararlas porque nuestro lector no es imbécil. Es nuestra intención más bien presentar las poco conocidas (o más bien desconocidas para casi todo el mundo) luchas libertarias por la defensa del territorio como las silenciadas luchas contra el AVE que han presentado una oposición a las políticas de subordinación del espacio a la ordenación/destrucción territorial capitalista. Dichas luchas han abierto interesantes espacios de confrontación que muestran como la dominación no es un simple concepto basado en las diferencias económicas sino que se filtra en todos los actos humanos sean los tradicionalmente considerados públicos o los privados. El modo de entender los espacios urbanos o rurales, las relaciones entre estos, etc. no van a ser una excepción. La Ley de Costas es un ejemplo del posible capitalismo español post-crisis en la periferia, mientras Eurovegas es el ejemplo del capitalismo español post-crisis en el centro.

Un periodista preguntó al popular anarquista Durruti por las ruinas a heredar tras la revolución surgida como respuesta al golpe militar del 18 de julio de 1936. Por suerte o por desgracia las ruinas ya están aquí. Habrá que recuperar la vida.

El arte de gobernar
o cómo ocultar las huellas de la dominación

El ensalzamiento de ciertas formas de la vida actual (como la ciencia en tanto que objetiva, la familia o la escuela) en los medios académicos, e intelectuales en general, se hace mucho más patente como estrategia ideológica cuando más se intenta disfrazar de pura evidencia, de pura racionalidad, de naturalidad innegable. Nada tiene mayor legitimidad que aquello que aparentemente no la necesita: desde pequeños/as nos educan en la sumisión y en la obediencia pero a la vez nos hacen partícipes de una defensa de la libertad individual inviolable supuestamente garantizada por la democracia y que deja la política relegada al ámbito de la propia política, es decir, al ámbito público.

Tenemos la vida dirigida desde que nacemos: pertenecemos al principio a nuestros padres que deciden plenamente sobre lo que hacemos y lo que pensamos. La familia ejerce de mediación entre lo privado y lo público inculcando, normalmente, los valores propios del poder para que seamos una pieza más del sistema. Esta familia será el principal control que alerte a agentes externos a la misma (es decir, públicos) de supuestas anormalidades, convirtiéndose el entorno familiar en el primer sistema de vigilancia y castigo de actitudes que parecen objetivamente rechazables. Aquí encontramos desde la medicalización de la hiperactividad hasta la entrega a la policía de un hijo cuando su madre lo reconoció por televisión en unos disturbios. Y así pasamos a manos del sistema de enseñanza, donde los que han sido bien adoctrinados en cómo deben comportarse y pensar encajarán y, los que no, serán rechazados por la escuela. Estos futuros fracasos escolares están además justificados, en teoría, por criterios objetivos de no adaptación. Las materias y su contenido, asimismo, se venden como carentes de ideología y no vinculadas a ningún interés político o económico aunque responden punto por punto a lo conveniente al sistema de dominación. Esta falsa falta de ideología supone que la discrepancia del alumno no se vea como tal sino como falta de comprensión: la ideología que no se presenta como tal castiga a todo aquel que no la reconoce. Tras el paso por la educación encontramos la inserción en el mundo laboral, siempre condicionada por la sumisión que se quiere investir de pactada por estar mediada por un contrato firmado por ambas partes, que se enorgullece de ser libremente asumido aunque sea necesario para la supervivencia.

Por todo esto se observa cómo las relaciones familiares, la escuela, el trabajo normalizan, normativizan suprimiendo la insumisión mediante el miedo al castigo, al suspenso o la expulsión y al despido. Todo ello disfrazado de preocupación por parte de la familia, la escuela y el médico, que intentan educar y medicarnos siempre por nuestro bien, ya que si no seremos unos inadaptados incapaces de convivir con otras personas.

La situación no es muy distinta en lo que respecta al mal llamado tiempo de ocio, que se debería llamar más bien tiempo de consumo y que sólo tiene la función de cerrar la otra parte del sistema productivo para convertirlo en una construcción aparentemente inatacable. Así, todo lo que encontramos en nuestro tiempo de consumo son mercancías para consumir, personas para consumir, opiniones, sueños e ideas para consumir. Es decir, todas las opciones de consumo se encuentran dentro de un escenario controlado por las relaciones capitalistas, controlado por algo, en definitiva, externo a nosotros (es decir, público).

Hay un mecanismo subyacente en nuestro conformismo mucho más profundo que el miedo: la aceptación de la dominación porque no se ve como dominación. Es aceptar que lo normal como tal, es aceptar los criterios de autoridades como criterios válidos aunque no haya motivos para ello, es aceptar un concepto de libertad controlada, un concepto de libertad limitado que sólo implica que el gobernante o el empresario pueda o no tener en cuenta de lejos ciertas opiniones nuestras, concepto de libertad limitado porque se traduce en elegir entre un número limitado de opciones ya dadas en vez de inventar nuevas (bien sea la elección entre dos partidos políticos en vez de poder elegir el sistema político mismo, bien sea la elección entre un número limitado de formas de ocio en vez de poder construirlas lejos de la lógica capitalista). Así aceptamos el trabajo asalariado y no la esclavitud: rechazamos la esclavitud que no firmamos en vez de darnos cuenta de que nuestra firma lo único que hace es constatar la victoria del poder sobre nosotros y no al revés porque las condiciones las siguen poniendo la clase dominante.

Esta aceptación, que parece un sinsentido en principio, se consigue, por un lado, gracias a ese argumento conformista de "podría ser peor". Por otro lado, se hace gracias a la cultura y la universidad como aparatos que construyen intelectualidad al servicio del poder. Como aparatos legitimadores, intentan evidenciar la objetividad de lo que se considera normal, de los criterios pedagógicos del sistema de enseñanza y de la libertad que, por otro lado, resulta sólo garantizada, según ellos, por este sistema democrático que tenemos, culmen del perfeccionamiento político de los sistemas políticos anteriores. Por último, se consigue mediante un control total de nuestra vida que no se manifiesta como poder: de puertas para dentro el Estado moderno no es más que un imperio que ejerce (o pretende ejercer) su poder infinito sobre los sujetos, sobre todas las facetas de la vida de los sujetos, moldeando la subjetividad de éstos a su conveniencia, es decir, como trabajadores/as y ciudadanos/as obedientes, el súbdito moderno. Familia, escuela, medios de comunicación... construyen un discurso en el que nos movemos, el discurso que construye lo que es real y lo que no y nos construye a nosotros/as mismos. Aunque estamos condicionados desde pequeños/as a pensar lo que quieran que pensemos, nos hacen creer interesadamente que vivimos en el único régimen político que defiende la libertad individual lo cual se consigue separando lo personal y lo político. La intimidad, para estos intelectuales varios y para esta sociedad, es intocable, lo personal no es político. Lo personal es la alfombra bajo la que se esconden arraigadas relaciones de poder que no conviene descubrir (como el patriarcado) y es el plano en el que quedan las convicciones, la ética, etc. ya que en la política, para poder hacer convivir a tantas sensibilidades, debe ser simplemente una mediación entre todas. El contrato mismo que da poder a un gobierno es incuestionable, parece obvio que no podemos vivir aislados e igual de obvio que cada uno tiene distintas sensibilidades, pretendiendo obviar así todos los factores que socialmente le constituyen y todos los poderes que se disputan a la persona desde su nacimiento. Estos poderes son el propio Estado que inculca una ideología jerárquica, un capitalismo que pretende que nos reconozcamos sólo como trabajadores identificados con la empresa, la iglesia que nos anula como persona cambiando nuestra conciencia por un dios externo que cuya palabra sólo ella conoce... Así, se pueden dar por hecho, porque les interesa para seguir en su estatus político, que existen distintas sensibilidades contrapuestas o intentar entender por qué una persona no se reconoce como oprimido/a cuando lo está siendo. Este concepto de individuo con unas características particulares que parecen ser naturales o caer del cielo es, por lo tanto, la construcción que más facilita su propia dominación por ser presentada en su totalidad como natural: el/la niño/a normal lo será por naturaleza y el/la díscolo/a lo será por naturaleza, obviándose la violencia que se ejerce sobre él/ella para adaptarlo al sistema. Este concepto de individuo permite la construcción de todo un sistema médico y judicial que busca en los rasgos físicos y biográficos del individuo el origen de su insumisión, que condena para reinsertar al individuo culpable en una sociedad libre de toda responsabilidad sobre ese individuo problemático por sí mismo.

Así, se propugna el individualismo de "Tu libertad termina donde empieza la del otro" (o lo que es lo mismo, hablar del derecho a ir al trabajo en día de huelga), es decir, nada te une al otro, no hay comunidad posible sólo convivencia mediada por el gobierno, lo cual esta muy lejos del "No soy verdaderamente libre más que cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de otro, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es al contrario su condición necesaria y su confirmación" de Bakunin, cuyo pensamiento es proscrito calificándolo de irrealizable, lo cual resulta evidente teniendo en cuenta las formas de pensamiento en las que nos educan, es decir, en las que nos adoctrinan con esmero para que escapar de ellas sea más difícil que escapar de una cárcel de alta seguridad. Si todo ello lo mezclamos con un poco de sociobilogía, o lo que es lo mismo, reduccionismo biológioco al servicio del orden actual alcanzamos que todos actuamos conforme a instintos naturales que nos llevan a una lucha por la supervivencia. Como vemos, todos los aparatos del sistema (enseñanza, instituciones judiciales, instituciones médicas, medios de comunicación...) reman convenientemente en el mismo sentido.

El anarquismo, como comunismo libertario, como forma de comunidad se ve abocado al destierro en una sociedad constituida sobre la presunción de un individuo atómico cuya libertad individual (en el sentido más laxo de la palabra que se refiere simplemente a un ser que es consumir —ya sean objetos, personas o partidos—, libertad entendida unida al nivel de vida, mejor dicho, de consumo pero a la vez entendida como propia, irrenunciable y quasinatural sino natural directamente) hay que defender mediante un sistema político ajeno a él mismo. El anarquismo, lejos de ser libertad, pasa a ser presentado como la antesala del totalitarismo: un sistema que niega al individuo igual que lo hizo el nazismo y el comunismo soviético. Sesgando el análisis, se obvia la autoridad en estos procesos históricos para decir que lo que llevó al nazismo fueron los sentimientos de comunidad o de grupo, "la rebelión de las masas" en la que el franquista Ortega y Gasset incluía el nazismo y el anarquismo: el problema no es que se eliminara la conciencia de la comunidad para ser ocupado este lugar por el Führer, el problema resulta ser el grupo mismo representado como identificación de la vida privada con la política. Condena constante a la comunidad, ensalzamiento constante de un individuo infantil, tan construido como desvalido de forma natural, que necesita que garanticen sus derechos. El discurso actual no es que condene el anarquismo, directamente lo intenta hacer imposible pretendiendo que suene absurdo.

Conviene mantener bien oculto que el sistema actual, con todos sus pormenores, es creado por y para unos intereses, conviene presentar al individuo atómico actual y a la familia como simplemente dados por la naturaleza, conviene presentar al sistema político actual como el resultado del avance, del progreso, como el mejor sistema posible dados esos agentes naturales que hay que preservar. Conviene ocultar cómo se manipula la vida íntima del individuo y acusar a las formas de organización en comunidad de hacerlo. Conviene demonizar la defensa de que lo personal es también político, ya que esto implica una plena decisión sobre la vida propia y sobre lo político, decisión que el sistema político actual le debe negar a cualquiera. Mientras, se intenta tapar a toda costa todos los factores externos que han violentado nuestro desarrollo desde pequeños/as (se intenta ocultar, por ejemplo, como parte de la vida privada y ajeno a lo político, el patriarcado, se intenta presentar como eficiencia la distribución temporal y espacial de la escuela cuando es una forma de forzar la sumisión, etc.): el peligro no está en absoluto en que lo político decida sobre lo personal, al revés, esto es el ideal que ahora mismo se busca ya que implica individuos totalmente identificados con el sistema político eliminando la desobediencia, el peligro está en que las personas decidan, con su vida y con sus actos, sobre los temas que son reconocidos como políticos. Conviene hacernos creer que lo que pasa de puertas para dentro es íntegramente nuestro mientras es manipulado, empaquetado y vendido. Hay abierta una guerra, hay que desenmascarar los intereses ideológicos que asumimos porque no nos parecen tales. Hay una guerra abierta para arrancarnos a nosotros/as mismos/as de este sistema que nos ha intentado hacer a su imagen y semejanza, que nos coloniza el pensamiento, hay una guerra abierta para luchar por la recuperación de nuestra vida.

Reflexiones

Pública o estatal

El surgimiento de los Estados modernos ha traido consigo la formación, consolidación y perfeccionamiento de una serie de instituciones, aparatos burocráticos, etc. que son para éste como los órganos vitales para nuestro cuerpo. Dichas instituciones no son todas igual de prestigiosas pese a que la intelectualidad, sobre todo de izquierdas, casi siempre vinculada a la academia (como parte fundamental del aparato para la legitimación de las clases dominantes) se haya esforzado en mostrar dicho Estado, en su conjunto, como un elemento clave en el surgimiento de las sociedades modernas en tanto que sociedades con un grado desconocido de "calidad de vida" en los otros periodos históricos. Así, Estado se iguala a progreso. Como modo de legitimación de la sociedad de clases, esto está bien, pero como análisis social es, como mínimo, dudoso. La constante labor de legitimación del Estado se muestra día a día en el lenguaje de periodistas, tertulianos y otra ralea que ha erradicado la palabra "estatal" del lenguaje cotidiano en un juego de manipulación mental evidente a través dos mecanismos: la sustitución y la supresión. La sustitución de la palabra "estatal" por la palabra "público" (es decir, perteneciente o relacionado con el Pueblo) es el ejemplo más claro. Las diferentes instituciones que han conseguido a través de décadas cierta legitimidad han pasado a denominarse públicas pese a que son estatales: la sanidad pública o la escuela pública son sólo un ejemplo. Aquellas que no han logrado un mínimo grado de legitimidad no reciben el adjetivo "público" ni tampoco el de "estatal". De esta manera, no se habla de policía pública o estatal como tampoco se habla de ejército público o estatal ni de cárceles públicas o estatales. Las recientes movilizaciones que luchan contra las políticas neoliberales, que se presentan como salvación ante la crisis económica provocada por las políticas neoliberales, nos muestran claramente este estado de conciencia colectiva que asume de forma rápida lemas como "Escuela pública: de todos, para todos" y su correlato en la sanidad: "Sanidad pública: de todos, para todos". Dudamos que alguien, pese al deterioro de las condiciones laborales de la policía, haya valorado el lema "Policía pública: de todos, para todos". Mucho menos todavía se piensa en hacer lo mismo con las cárceles pese a los proyectos de privatización carcelaria que están ya sobre la mesa. Sería kafkiano el lema "Cárceles públicas: de todos, para todos" —ya que todo el mundo sabe que allí los ricos nunca entran y un pobre nunca sale gracias a la maquinaria de exclusión social—, aunque en el fondo este eslogan tiene tanta razón de ser o, mejor dicho, tan poca razón de ser como los otros: las cárceles son financiadas por todos/as del mismo modo que las escuelas públicas, y su reglamentación o regulación tiene tanto de participativa como la de las escuelas u hospitales. La lógica es la misma, pero la escuela ha representado para muchos durante bastante tiempo la poco rigurosa idea de la igualdad de oportunidades frente a la cárcel que ha representado para los que no tienen una venda en los ojos la evidencia del fracaso de la democracia.

La labor de legitimación del Estado como punto cardinal de las sociedades avanzadas se hace mucho más difícil si no se oculta el olor de las cloacas de sus instituciones.

Residuos de solidaridad, contaminación improbable

Hasta un tertuliano televisivo podría verlo: el capitalismo es la institucionalización de la avaricia o, lo que es lo mismo, un sistema económico y político cuyo sistema de valores está basado en el canibalismo social. La canibalización de la sociedad es un logro que el capitalismo está llevando a límites de perfeccionamiento y eficiencia probablemente desconocidas en la historia de la humanidad. Pese a todo se puede ver que en las sociedades occidentales actuales perviven, pese a todo, diversas formas de ayuda entre personas.

Aunque sea bastante discutible, habrá personas que consideren la caridad una forma de apoyo a otros seres humanos que se encuentren en estado de necesidad más o menos imperiosa. La caridad o la limosna es el escondite de la complicidad con el estado de cosas actual, es el extremo contrario de la justicia social, el agujero de la dependencia de unos hacia otros y, por tanto, una ayuda entre desiguales, una forma de paternalismo que sólo puede ser justificado bajo las diferentes formas de dominación que desde tiempos ancestrales han sostenido las religiones de aquí y allá. Si fuese una forma de ayuda sería la que consigue denigrar a los individuos.

La práctica de la caridad tiene una larga historia y, por supuesto, no se puede decir que haya sido la única forma de ayuda entre personas en las culturas occidentales pues han existido y existirán siempre formas de solidaridad ajenas a estas prácticas. No obstante, a la caridad se pueden sumar otras formas bastardas de ayuda que han surgido en las sociedades modernas.

Dicen los intelectuales que con la consolidación de los estados modernos se ha impuesto la ideología de la eficiencia y con ello surgió la ambición (en los dos últimos siglos más o menos) del monopolio de la "solidaridad". El Estado que ha pretendido erigirse en intermediario, gestor y organizador de todas las relaciones entre personas e instituciones en las sociedades occidentales ha consolidado de forma extraordinaria una red de instituciones que han pretendido convertirse en los monopolizadores de la solidaridad. La "solidaridad", tal y como la ponen en marcha los Estados, carece de valores positivos, por ser una forma de caridad modernizada es la eficiencia en el terreno de la ayuda que no tiene como fin acabar con las desigualdades sino simplemente trata de evitar que las contradicciones que genera el sistema económico-político capitalista se conviertan en un problema para la perpetuación del mismo.

Con la modernización de la caridad, que supone la sistemática búsqueda de la eficiencia en ese campo, nace la figura del profesional de la caridad o de la ayuda que se convierte por obra y gracia del sistema en engranaje que tiene entre otras consecuencias la separación de cualquier forma de ayuda entre personas de la vida cotidiana de éstas para llevarlo al campo de las instituciones burocráticas que se manejan en el ámbito de la dualidad profesional-usuario ajeno a las relaciones entre iguales. Con la profesionalización de la ayuda o apoyo se consolida la fragmentación del ser humano que hace que todos los elementos aparentemente inalienables de su condición sean puestos en manos de profesionales que se convierten de este modo en herramientas que contribuyen a separar las diferentes facetas humanas en compartimentos aislados.

En paralelo al desarrollo del neoliberalismo las estructuras estatales de caridad o ayuda han cedido multitud de espacios a las empresas de la solidaridad y las ONG's. Las primeras llevan las lógicas estatales antes descritas al mundo del mercado, las segundas reproducen las mismas estructuras de dominación, eso sí, sin las ambiciones económicas de aquéllas. La caridad en el mundo neoliberal se contagia de sus principios que la conducen por la obsesión neoliberal de convertir todo en un elemento más de la sociedad del espectáculo-consumo. Vacía de contenido la ayuda o caridad es objeto de campañas publicitarias que la igualan a televisores, zapatillas de deporte, automóviles, espumas de afeitar, cremas antiarrugas, etc.

Alejadas de las realidades marcadas por todas las formas de caridad que parten de la ayuda entre desiguales han existido a lo largo de la historia diversas formas de cooperación o solidaridad. La solidaridad es un principio básico de apoyo entre semejantes que parte de la sencilla premisa enunciada en un conocido himno anarquista que dice «yo por ellos madre, y ellos por mí».

La solidaridad y relaciones sólidas

Las sociedades capitalistas de las últimas décadas han sido denominadas por algún sociólogo como las "sociedades líquidas". La fragilidad que caracteriza las relaciones de las personas en este entorno está claramente relacionado con el pobre sentido de la solidaridad que se percibe en ellas. El enorme debilitamiento o, incluso, la desparición de cualquier forma de valor comunitario es otro punto a tener en cuenta. Todo esto, y muchos otros elementos, configuran un individuo con un pobre sentido de la empatía. La empatía, la capacidad de ponerse en la piel del otro, surge con mucha más espontaneidad cuanto mayor grado de igualdad exista entre individuos. Es mucho más fácil sentir empatía por alguien con el que siente que se comparte algo que con aquel con el que se cree compartir poco o nada. De ahí que las sociedades estatal-capitalistas sean amantes de las estructuras complejas en todos los ámbitos, comenzando, como no podía ser de otra manera, por las estructuras sociales complejas donde la enorme diferenciación de matices entre clases dificulta sentir como iguales a otros individuos. Esto obviamente sólo es un ejemplo de la enmarañada realidad social y cultural de este tipo de sociedades.



Asociarse y crear comunidad como valor definidor del individuo sirve para crear sólidos pilares de realidad ajenos a la mercantilización de las relaciones entre personas. Los anarquistas somos firmes defensores de este modo de entender las cosas, pese a que la filosofía política hegemónica, el liberalismo, ha conseguido arraigar entre los occidentales de casi todas las clases, culturas y condiciones la idea de que libertad es individualismo, es la más absoluta desposesión. Nada más lejos de la realidad, esa forma de entender la libertad no es simplemente una idea abstacta, es, ante todo, un concepto perfecto para la legitimación de la sociedad de lobos y corderos en la que nos ha tocado vivir.

La tolerancia como arma del totalitarismo

Es así como el objetivo de la "Sociedad de Información" es el de instaurar actitudes que favorezcan el nacimiento del "ciudadano flexible", que ha de ser, en sus propósitos, el ciudadano del siglo XXI, un ciudadano con disposición, sumisión y aguante capaces de hacerle sobrellevar las falsas gratificaciones con que le pretendan conquistar y los duros esfuerzos que le quieran echar encima, en la fabricación simbólica de su vida diaria.

La revolución semiótica, arma pesada del sistema de José Luis García Rúa.

El poder crea términos y conceptos (o los recupera vaciándolos de su contenido original) con el fin de crear un pensamiento acorde a sus intereses. El mensaje, transmitido por los medios de comunicación y sus soportes tecnológicos (en constante desarrollo), es utilizado para crear realidad, que una vez interiorizada por las personas, acaba por convertirse en algo precisamente real. Desde siempre, las clases dominantes se han servido de este mecanismo y ha pretendido monopolizar la posesión de la verdad y ostentar la capacidad de generar términos, conceptos y categorías que sirvan como método de control social; pero no fue hasta la segunda mitad del siglo XX con la explosión de la sociedad de la comunicación cuando el nivel de desarrollo y técnica permitieron generar realidad al Estado-Capital a niveles nunca antes imaginados. Esquemas rotos: el desarrollo técnico no liberaba, creaba y asentaba las bases para un dominio como nunca antes se había padecido. Un totalitarismo más perfecto que ningún otro fascismo del periodo de entreguerras, que rompe las fronteras entre continentes y que tiene su expresión económica en la denominada "mundialización de la economía". El sistema sigue su ritmo y adapta sus términos y conceptos a las necesidades del momento.

El capitalismo, dependiendo del lugar geográfico de su dominio, requiere de distintos sujetos acorde a sus intereses. En el primer mundo, la figura del "ciudadano" como ser sumiso, consumidor, individualista, democrático, tolerante, flexible, no violento... se ha convertido en el objetivo de moldeo de los mecanismos ideológicos imperantes en el sistema (educación, medios de comunicación, publicidad y, por supuesto, los grupos de izquierdas integrados en el sistema...). Como hemos comentado antes, existen una serie de conceptos propios creados por el poder que tienden a ser reproducidos por los individuos, naturalizados y convertidos en algo incuestionable. Todo aquel que rompa con ellos se verá despreciado por las mentes ciudadanas bienpensantes y los distintos actores del espectáculo —políticos, medios de comunicación, organizaciones izquierdistas...—.

A través de un ejemplo concreto intentaremos explicarnos mejor. Hablaremos de un democrático valor, la tolerancia. Concepto asumido por las sociedades "desarrolladas" como incuestionable en el decálogo del buen ciudadano.





La tolerancia y el orden social

Porque lo que de verdad molesta al tolerante no es la dominación o la explotación, sino el conflicto... Entonces el tolerante interviene, interviene para pedir moderación y sosiego a aquellos que tanto discuten, sin preocuparse nunca de cuál de ellos tiene razón, de porqué discuten. El tolerante ama el diálogo y lo predica, obliga a dialogar al desarmado con aquel que coloca diez pistolas sobre la mesa. Y les insta a llegar a un acuerdo. Y cuando el desarmado se niega a acordar nada, lo tacha de "intolerante".

Afilando nuestras vidas de la FIJL

La principal característica del régimen democrático es la convivencia y entendimiento entre los distintos antagonismos que una sociedad dividida en clases tiene: oprimidos y opresores, explotados y explotadores, gobernados y gobernantes. La democracia burguesa se propone a sí misma como un proyecto universal y absoluto donde la paz social es garantizada por los distintos mecanismos de resolución de conflictos que las instituciones establecen. Para que todo este tinglado funcione, se hace indispensable que una gran parte de la población asuma dicho proyecto sociopolítico, lo que se traduce, en la aceptación de las condiciones que nos vienen impuestas y aguantar la bota de los poderosos sobre nosotros. Esto es la "tolerancia".

Por lo tanto ser "tolerante" es una obligación, una condición indispensable. Tolerar la desigualdad y la opresión, tolerar que nos mientan y se rían de nosotros políticos y empresarios y, en general, tolerar las miserias del sistema. Esa es la labor de la tolerancia y su función en la cohesión de la sociedad del Estado y el Capital. La mediación se propone como solución a las distintas tensiones que se desarrollan en el seno de las sociedades. Se impone por tanto, una mediación intoxicada desde su inicio, puesto que las dos partes parten de condiciones extremadamente desiguales. Un trabajador a la hora de negociar con su patrón, nunca estará en la misma situación: el trabajador depende del trabajo para vivir y está obligado a aceptar las condiciones que el empresario le imponga (aunque pueda a través de la lucha arrancarle mejoras), mientras que el empresario posee la propiedad y tiene tras de sí el apoyo de todo un Estado y de los cuerpos represivos para proteger sus intereses. La negociación por tanto es desigual y cualquier mediación supone la aceptación de su rol sumiso y consiguiente derrota anticipada. Con el poder, con la clase dominante, no hay negociación posible. La tolerancia es un concepto que legitima las condiciones de desigualdad del sistema e intenta evitar cualquier forma de conflicto a toda costa.

Desde los medios de comunicación, pasando por asociaciones de vecinos, ONG´s, partidos políticos, sindicatos, hasta las distintas instituciones del Estado no dejan de macharnos con la tolerancia. Aquellos que osen romper las normas y la legalidad y se salgan de los cauces marcados (o de los cauces de la protesta consentida) serán tachados de intolerantes, no importando sus motivos o razones. La sentencia viene dada con anterioridad. Lo mismo sucederá con los procesos de lucha que rompan con el monopolio de la violencia por parte del Estado, nieguen otra serie de valores del sistema como la "democracia" o cuestionen las vías institucionales como forma de encauzar los conflictos sociales.

La tolerancia como necesidad y obligación

Si algo nos ha deparado la culminación de nuestros tiempos ha sido un aumento sin precedentes de la tolerancia, entendido como aquella adecuación a las condiciones impuestas que exige de quienes las sufren una extraordinaria capacidad de adaptación.

15-M. Obedecer bajo la forma de la rebelión del Colectivo Cul de Sac.

En un mundo donde la los criterios del mercado son trasladados a todos los espacios de nuestra vida, la rapidez y el avance desenfrenado se imponen como valores. Las "revoluciones tecnológicas" suceden con intervalos cada vez más cortos de tiempo, es difícil que una vez compremos un ordenador éste no quede obsoleto a los pocos días. "Vivir rápido" se ha convertido en una forma de vida ampliamente promocionada, las relaciones deben ser intensas y superfluas, con picos de intensidad. El ritmo frenético de la ciudad, los transportes cada vez más desarrollados, la sucesión de modas, grandes acontecimientos espectaculares deportivos y culturales, de casa al trabajo, del trabajo a casa, del trabajo al centro comercial, el consumo constante y sin tregua... todo esto representa una vida sin frenos, cuesta abajo. El capitalismo nos impone unos ritmos de vida muy difíciles de aguantar. La tolerancia a este ritmo frenético es de nuevo una necesidad y una obligación. Aquellas personas cuya mente diga "basta", que no puedan aguantar el ritmo, serán tachadas como elementos con fallos de fábrica (trastornados, anormales, inadaptados o el eufemismo de moda). Psicólogos, trabajadores sociales, pastillas y otros especialistas se encargarán del problema (que será suyo y nunca del entorno en el que se desarrollan) para que nuestro nivel de tolerancia sea adecuado a las exigencias del sistema. Adaptarse o caer en la marginalidad.

Conclusiones finales

Para adaptarse es necesario un alto nivel de tolerancia, podemos concluir. Y tal y como están los tiempos con continuos reajustes en las condiciones de explotación (ese proceso que habitualmente es denominado "crisis") vamos a tener que seguir adaptándonos a muchos y diferentes cambios en nuestras vidas. Quién sabe cuándo pasaremos de adaptarnos a las exigencias del mercado en materia de "flexibilización de las condiciones laborales" a adaptarnos y tolerar condiciones laborales de auténticos esclavos y a nuevos fascismos de nueva cuña. No es algo para nada imposible. El Estado ha hecho siempre grandísimos esfuerzos en aplicar e imponer cambios y grandes transformaciones globales, dejando millones de muertos y consecuencias catastróficas para las poblaciones humanas (y no humanas). Sirva de ejemplo la transformación de una Europa rural a una Europa industrializada entre los siglos XVIII y XIX: transformó en poco más de medio siglo la forma de vida de millones de personas para deleite de la triunfante burguesía. Lo mismo pasó tras la Segunda Guerra Mundial y las grandes transformaciones sociales y económicas que aún continúan en nuestros días. Pero no tenemos que preocupemos. Los voceros del poder nos ayudarán a asimilar los cambios: seremos perfectos ciudadanos tolerantes con la devastación y el horror de los cambios que se nos vienen encima en los distintos proyectos del Estado y el Capital.

Nosotros/as, anarquistas, como máximos enemigos de toda forma de explotación y autoridad, nos declaramos intolerantes. Intolerantes con su sistema y con sus valores. Intolerantes con una vida tediosa, aburrida, sumisa, miserable e injusta. Mientras las injusticias y la desigualdad se disfracen de respeto y entendimiento, nosotros/as nos declararemos como instransigentemente intolerantes. Nosotros no tenemos dudas, nos negamos a sentarnos y negociar con nuestros verdugos.

Por la anarquía.

Memoria

SOMOS, FUIMOS Y SEREMOS LO QUE QUERAMOS, NO LO QUE QUIERAN

"¿ANARQUISTAS? Eso es cosa del pasado". Claro que sí: somos cosa del pasado, del presente y del futuro. Somos herederos de una rica tradición libertaria que se prolonga por más de un siglo y que no ha cesado de buscar un mundo mejor, más libre y más igual.

En cuanto el sistema liberal dio sus primeros pasos, comenzó a tener resistencia enfrente. Trabajadores y campesinos marginados por la cosificación constante de la vida se rebelaban contra un modelo de existencia que los convertía en meras herramientas de acumulación de dinero. Pronto surgirían diferentes escuelas críticas, pero solamente una de ellas perduraría en el tiempo negando que para la libertad económica, para la igualdad de los seres humanos, haga falta la tiranía de una nueva clase: esos eran los anarquistas.

No tardaron mucho en entender que el mundo del trabajo era uno de los campos más importantes en cuanto a la lucha social y los anarquistas inspiraron u organizaron sindicatos: nacía la CNT, el anarcosindicalismo y el movimiento obrero más significativo de cuantos han pisado estas tierras. Esa fue la CNT de los años 1910-1936: la que reivindicaba jornadas razonables y mejoras en las condiciones de trabajo mientras preparaba la llegada de una nueva sociedad.

La labor de esas décadas es inmensa y dejará huella en un movimiento anarquista siempre creativo y rico en propuestas: se crean escuelas obreras para niños y mayores, se editan infinidad de libros sobre temas variadísimos (desde el análisis social hasta el campo de la ciencia, que motiva incluso la visita de Einstein a los locales del sindicato), se practica el ecologismo, el naturismo, la liberación de la mujer, toda forma de cultura al alcance de las posibilidades del momento. Pero también se lucha duramente.

Nunca los anarquistas nos dejamos pisar sin respuesta. Fieles a nuestra máxima, "ni dios ni amo", respondemos a los golpes con la revuelta. En esos años los empresarios (hoy, emprendedores) crean sindicatos de pistoleros para aniquilar a los anarquistas y los anarquistas responden. Responden y vencen. Mientras, preparan la revolución.

Y estalla la guerra y la revolución se desencadena. La única vez que en Europa el fascismo encuentra una feroz resistencia es en España. Resistencia organizada en buena parte por los anarquistas de CNT, FAI, FIJL y Mujeres Libres, que saben que no se puede oponer al fascismo la misma vida miserable que la República había dado al pueblo. Es necesaria una revolución que ponga en manos de los trabajadores las decisiones. Miles de fábricas y campos colectivizados funcionan en la que es la experiencia más rica y profundamente revolucionaria que se haya dado en la historia, llena de pasajes ejemplares y, por supuesto, de errores.

Y vence Franco y la CNT y los anarquistas no cejan. Se organizan al instante y comienzan a intentar derribar la dictadura, incluyendo la posibilidad de la muerte del Caudillo. Ni un solo momento los anarquistas dejan de conspirar contra el régimen y por eso son encarcelados o asesinados. Se quiere borrar su huella a toda costa y se los asimila al "comunismo". El tiempo aunaría los esfuerzos de Franco y los de los historiadores filocomunistas que intentan minimizar la resistencia anarquista para reducirla a sus partidarios.



Pero Franco muere en la cama, pese a los variados intentos libertarios de que esto no ocurriera. Y se gesta la llamada transición y los anarquistas vuelven alegremente a las calles, poniendo el dedo sobre la llaga: mientras muchos andan bajándose los pantalones o fumando felices la hierba de la nueva democracia, los anarquistas denuncian públicamente, en manifestaciones y mítines multitudinarios, el pastiche que se está fabricando: un olvido total de lo ocurrido, la permanencia de las estructuras y representantes del poder franquista y el fin de la protesta social. Llaman la atención contra los Pactos de la Moncloa, contra el modelo sindical que se quiere imponer, frente al capitalismo democrático que muy pronto dará señales de ser tan rastrero como cualquier otra forma de gobierno. Se suceden las torturas en comisaría, los asesinatos en manifestaciones e interrogatorios y se inventa la gran excusa de la democracia: el terrorismo, que todo lo justifica, que todo lo derriba. Se acusa a los anarquistas de ser terroristas y así se frena la respuesta ante el pacto de Estado para convertir esto en un corral del capitalismo americano, al amparo del soborno o de la amenaza.

Pero los anarquistas siguen ahí, con una crítica tan lúcida que duele a los llamados de izquierdas, que deciden la estrategia más efectiva: ni una sola palabra sobre anarquistas. El grupo PRISA lo cumple a rajatabla, dando voz solamente a aquellos que se llamen anarquistas pero domestiquen sus prácticas y mensajes. Sin embargo, las críticas de ese momento acaban aflorando. Las denuncias anarquistas cuajan y poco a poco llegan a una sociedad que cuando amenaza con despertar provoca miedo justificado en el Poder.

El antimilitarismo anarquista y el movimiento de deserción que ya se había vivido a principios del siglo XX se plasma en la insumisión, verdadero problema de Estado al negarse los jóvenes a participar en la estructura militar obligatoria; la crítica a la propiedad acaba por traducirse en la okupación, un movimiento que reutiliza espacios para arrancarlos de las manos especulativas; la lucha por la liberación de la mujer cala como pocas y el feminismo es parte de cualquier concepción mínimamente justa del mundo; el modelo sindical y partidista que en su momento señalamos es lo que hoy se llama corrupción sindical y política.

Sin embargo, todas estas versiones son adaptaciones *light* del anarquismo, que no abandona su fin: la abolición de toda forma de gobierno, pues todos son corruptos y no pueden ser de otra forma, y la sustitución de la economía guiada por patrones a la busca del beneficio por la autogestión de los trabajadores cuyo objetivo sea cubrir las necesidades sociales. En esas empezamos hace más de 100 años, sí. Y en esas seguimos.

Clásicos Libertarios:

LA HUELGA GENERAL

por Rudolf Rocker

Uno de los resultados más importantes de luchas económicas diarias es el desarrollo del sentido de solidaridad entre los trabajadores, cosa que para ellos tiene un alcance muy distinto que la coalición política de los partidos, en la que entra gente de todas las clases sociales. Una sensación de mutua ayuda, cuya fuerza se renueva constantemente en la brega ininterrumpida por las necesidades de la vida, que está de continuo reclamando con el máximo apremio la cooperación de los seres sujetos a las mismas condiciones, obra en forma muy distinta que los abstractos principios de un partido, que, por lo general, no tienen más que un valor platónico. [...]



Fomentar y robustecer esta natural solidaridad de los trabajadores y dar a cada movimiento huelguístico un carácter social más profundo, es una de las tareas que han impuesto los anarcosindicalistas. [...]

La acción directa ejercida por la organización del trabajo tiene en la huelga general su expresión más acusada, es decir, la paralización del trabajo en cada ramo de la producción simultáneamente, para la resistencia organizada del proletariado con todas las consecuencias que [...] de golpe provoca la paralización de todo el sistema económico y lo sacude hasta sus cimientos. [...] Por eso cuando las clases gobernantes se hallan enfrentadas con un proletariado enérgico, organizado y aleccionado en los conflictos cotidianos, se percatan de los que arriesgan en el asunto.

15M Obedecer bajo la forma de la rebelión.

Tesis sobre la indignación y su tiempo

Colectivo Cul de Sac
Ediciones El Salmón
Págs. 64 // 4 euros

Mucho se ha dicho y escrito sobre el movimiento 15M, sobre sus debilidades, sus fortalezas, sobre su futuro, sobre su génesis y sobre mil asuntos más pero pocas críticas han sido tan lúcidas y, al mismo tiempo, polémicas como la realizada por el Colectivo Cul de Sac que radiografía dicho movimiento dentro del contexto de la sociedad en la que éste ha nacido.

Este texto se presenta tan sencillo como breve y preciso con una estructura deductiva consistente en la presentación de una tesis que se enuncia desde las primeras páginas y los argumentos que pretenden demostrar la veracidad de dicha tesis extendiéndose a lo largo de todo el texto. La idea central sobre la que gira este opúsculo es la siguiente: el movimiento de los Indignados no toma forma en luchas contrarias al sistema, sino que es el reflejo de unas clases sociales descontentas con las consecuencias de los reajustes en el mismo. Los autores del texto llegan a la conclusión, por tanto, de que el 15M no es sino una extensión del sistema, que se presenta como forma de rebelión. La nostalgia de un bienestar que la clase media creía inmutable en el tiempo no cuestiona al sistema en sí, sino sus excesos. Una rebelión de consumidores frustrados y de votantes insatisfechos.

El análisis que recorre las páginas de esta lectura se puede dividir en dos planos: el primer plano tiene un carácter más sociológico (en un sentido laxo) y se detiene en la observación de los Indignados como movimiento de clase claramente definido, por otro lado, habla del carácter del individuo indignado si bien dentro de unos esquemas que definen su psicología como la propia de una determinada clase social: «Si piensa en los afectados por los desahucios piensa en la Propiedad; si en los desempleados, en el Derecho al Trabajo, si denuncia a los bancos, cómo no, piensa en su Dinero; y cuando se queja de la corrupción lo hace por la baja rentabilidad que le da su Voto».

Entre las principales preocupaciones del Colectivo Cul de Sac, tal y como lo demuestran en algunas de sus otras obras, como el número de 2 de su revista (de la cual toma el nombre el colectivo), están los problemas vinculados a la relación entre tecnología y dominación pese a que las personas que se consideran críticas o contrarias al sistema son incapaces de percibir este asunto en su mayoría. Por eso, un fértil campo de críticas está relacionado con el acrítico optimismo tecnológico del 15M que, no por casualidad, fue aplaudida de forma unánime por los medios de comunicación del Capital. Redes sociales, móviles para arriba y para abajo, ciberactivismo obsesivo mostraron como el movimiento ha servido para fortalecer el concepto burgués de progreso basado en un hombre al servicio de la tecnología y no al revés creen muchos/as.

Otro punto importante sobre el que se reflexiona en esta pequeña obra es la relación entre el movimiento anarquista y el movimiento de los Indignados. Para Cul de Sac, la forma en la que muchos/as anarquistas acogieron esta "rebelión obediente", muestra una miopía considerable por caer en un error de análisis imperdonable al confundir un movimiento ciudadanista (como el grueso del ya pasado movimiento antiglobalización) con un movimiento con potencial revolucionario. Así la influencia del movimiento sobre 15M sobre el movimiento libertario es mayor que el del movimiento libertario sobre los Indignados, por eso, un nuevo activismo anarquista peligrosamente entrista (de vanguardia al estilo leninista) ha sustituido a otros proyectos de mayor proyección revolucionaria.

Un pesimismo considerable sobre las luchas revolucionarias sirve de epílogo a este libro que ha despertado tantas opiniones enfrentadas, aunque su interés, sin duda, no se debe a su vocación polemista sino a la seriedad de las reflexiones sobre las que se construye este texto.

La insurreción que llega

El Comité Invisible

Como no somos esclavos de la novedad no nos resistimos a reseñar un libro escrito en Francia que ya tiene algunos años y que dentro de ciertos círculos es una obra bien conocida (ya que desde el 2009 se puede leer en español). Al grano:

Hay libros reposados que merecen ser leídos por diferentes motivos: por su honestidad, por su lucidez, etc. Hay libros agitados que tiene alma desgarrada y ese es el caso de *La insurreción que llega*, libro que pretende erigirse como enemigo de todo lo establecido con una clarividencia que atenaza. No hay medias tintas ni componendas en este texto que se adentra a través de diferentes círculos (lo que los mortales denominará simplemente capítulos centrados en diferentes aspectos sociales) en las grietas de un sistema que se fractura, se rompe y despedaza y cuyas bondades son diseccionadas de manera directa sin preámbulos.

> Si estás interesado en la lectura de este texto te lo puedes descargar en la siguiente dirección en internet: http://www.grupoheliogabalo.org/wp-content/uploads/2012/04/La-insurreción-que-llega.pdf

El desarraigo que el capitalismo ha ensalzado hasta llamarle de manera desternillante Libertad, la superstición del trabajo asalariado que en el francés medio se ha instalado de forma bipolar: entre el orgullo y el desprecio; la escuela que inicia la ordenación, clasificación y domesticación de la vida y que en Francia es considerada madre de la civilización; la ciudad que materializa la relación de desposesión entre el hombre y su entorno, etc.

Ante todo *La insurrección que llega* es la reivindicación de la rabia. El derecho a la rabia es el legítimo sentido de respuesta ante la consciencia de la posición que uno ocupa dentro de la estructura de la miseria. Así la extirpación de la rabia forma parte de la operación de construcción de la figura del ciudadano, figura existencialmente difusa, endeble y frágil que la República francesa toma como objetivo siendo ésta una de sus tareas fundamentales como Estado. De este modo el texto es una radiografía de la turba, de la escoria, aquellos capaces de incendiar la ciudad simplemente por honestidad, por devolverle a ésta lo que ella les ha dado.

Y después de una demoledora crítica del entramado de valores del sistema de dominación actual qué proponen esos tipos del Comité Invisible. Dicen algunos que criticar es fácil, lo dificil son las alternativas y lo curioso es que no tenemos la sensación de que esta obra pretenda servir como germen de una sociedad futura sino que es una propuesta de lucha para el presente. Algo similar a los grupos de afinidad clásicos que ellos proponen bajo la denominación de comuna (formadas por núcleos pequeños) son los protagonistas de una organización de la destrucción y enfrentamiento que de manera extraña deben eludir las formas directas de ese choque propuesto de una manera que, por desgracia, deja nuestro ánimo algo gélido tras páginas de caldeado espíritu de crítica y rabia.

Pero no acaban aquí los problemas que plantea esta obra. ¿Qué pasa cuando encuentras una demoledora crítica contra el capitalismo en una macrolibrería entre libros de autoayuda, manuales de economía neoliberal, panfletillos historizantes de Pío Moa y demás mercancía cultural? ¿Será un error que tenga copyrigth? ¿Es una tomadura de pelo? La respuesta que nos darán muchos puede no estar desencaminada. Es que este libro es sólo literatura, palabras bien medidas, otra crítica más o menos acertada, más o menos radical, asimilada por el capitalismo. Porque palabras vacías son aquellas que no encuentran correspondencia con los actos cotidianos. Desde luego lo que sabemos es que los editores españoles pretenden esto, bajo la excusa de la libertad de expresión (eso es lo que nos cuentan en las solapas) quieren sacar negocio de este título que ellos venden hasta en cualquier potativa macroempresa de la cultura. Desde luego negocietes editoriales que promocionen un anarquismo de centro comercial arderán tarde o temprano. Y si parte de la responsabilidad cae en los autores (supuestos militantes experimentados según parece) que tanta polémica causaron en Francia gracias a la ministra de Interior del momento que les calificó de terroristas, sólo cabe una palabra para definirles: ingenuos.

Contra el arte y el artista

Colectivo Desface
La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Págs. 138 // 5 euros

El primer libro del Colectivo Desface se adentra en la creación artística con una afilada mirada que recoge las tradiciones críticas, sin duda, más sólidas del pasado siglo XX para diseccionar los circuitos del poder que circulan por el mundo de la Cultura.

Si las sociedades occidentales contemporáneas han conseguido una convivencia pacífica de la "cultura de masas" con la "alta cultura" es porque ambos elementos sirven para la reproducción del sistema de valores de la sociedad capitalista. La cultura de masas es el producto de la modernidad capitalista que ha convertido la realidad gracias a la técnica en un espectáculo capaz de destruir con una eficiencia inaudita la unidad del mundo a través de la conversión del ser humano en espectador de sí mismo. En paralelo se desarrolla una crítica al arte minoritario, selecto, académico, el cual ha vivido una indudable profesionalización que ha conseguido equiparar la creación con el trabajo asalariado con todo lo que eso significa dentro del sistema económico actual.



Contra el arte y el artista camina a través de una sugerente y polémica senda que sigue las marcas trazadas por doce hipótesis de lucha para denunciar los pilares sobre los que el mundo de la cultura reproduce o legitima el sistema de dominación del mundo contemporáneo: la separación del arte y la vida que aleja al hombre cotidiano de su potencial creador; la consolidación del mito del genio artístico que contribuye a dividir la humanidad en creadores y espectadores pasivos; el prodigio mercantil que hace que todos los aspectos de la vida sean un producto más de la sociedad de consumo y, por eso, el arte sea simple mercancía; la denuncia de la mentira de la universalidad de las obras de arte (porque lo verdaderamente universal es la dominación) son sólo algunos torpes ejemplos, junto a los aspectos arriba trazados, de un ensayo sin duda arrollador.

La naturaleza polémica de esta obra se deriva de su posicionamiento contra cualquier forma de creación que pueda insertarse en los cauces comerciales del arte para socavar esos mismos cauces comerciales cuando no el capitalismo en cualquiera de sus formas. Existe una tradición de raíz reformista que ha pretendido conseguir la extensión de sus ideas a través de dichos cauces. Dicha forma de compromiso artístico es vaciado de contenido dado que, por ejemplo, escribir un libro contra la explotación y venderlo en una cadena de macrolibrerías explotadoras no ayuda a que dicha obra evite contaminarse con los valores de los canales comerciales del capitalismo

No tenemos claro dónde se oyen ecos de otros autores, no sabemos dónde la voz de nuestros autores sigue una senda propia y original. Lo que sí sabemos es que esta promiscua suma de voces supone un claro cuestionamiento del concepto de autoría tal y como lo han construido los discursos artísticos de las clases dominantes desde al menos el periodo artístico conocido como Romanticismo.

Todo esto hace de esta obra un ejemplo inédito en la cultura libertaria que siempre se ha movido por el mundo del arte a tirones, de forma fragmentaria desde críticas parciales que han abordado a menudo el análisis de la creación artística por principios ajenos a la idiosincrasia anarquista. No daremos ejemplos, no es nuestra misión, solo queríamos recomendar encarecidamente esta lectura.

Los intelectuales y el anarquismo

Los intelectuales de nuestro tiempo son parloteadores profesionales, con la misma eficacia amenizan una tertulia televisiva/radiofónica que rellenan los espacios que la publicidad deja en los periódicos. La cantidad de apariciones televisivas es directamente proporcional a la ruindad del intelectual. Llegado un grado extremo, esta ruindad puede degenerar en la figura del tertuliano. La exposición prolongada a una tertulia puede producir vómitos, diarrea y fiebres además de la pérdida del sentido crítico de la realidad e, incluso, la anulación del pensamiento propio.

Los intelectuales: definición y consideración positiva

En líneas generales suele definirse al intelectual como un individuo que se dedica a la reflexión más o menos crítica sobre la realidad del momento. La línea, eso sí, que separa al intelectual del pensador no es clara en absoluto. La mayoría de las definiciones suelen señalar que el intelectual es simplemente un pensador con un cierto grado de compromiso político o, en otros casos, que la intelectualidad es la clase social con mayor capital cultural (aunque esta definición no es la que ahora nos interesa).

Lo que sí tenemos claro es que existe una predisposición a considerar positiva la figura del intelectual. Habitualmente dicha consideración, eso sí, es mayor entre los que se sienten de izquierdas que entre los que se sienten de derechas y, no queremos olvidarlo, también varía notablemente dependiendo del país.

Por el siglo XX han transitado intelectuales de todos los gustos políticos: por la izquierda han caminado intelectuales marxistas como Walter Benjamin o Antonio Gramsci o socialdemocrátas como Anthony Giddens; por la derecha han caminado nazis como Heiddeger, neoliberales como Mario Vargas Llosa, etc.

La consideración positiva del intelectual suele estar relacionada con su capacidad privilegiada para el análisis de su entorno. Al intelectual se le presupone una visión que trasciende lo evidente. Poseedor de una capacidad especial tiene el intelectual una responsabilidad pedagógica en cuanto individuo sobresalientemente cualificado. Esa tarea pedagógica ha empujado al intelectual hacia los medios de comunicación, con una predilección especial por la prensa escrita. Esa vocación de influencia es la que nosotros valoramos como elemento diferenciador del intelectual con respecto del pensador académico.

Los antiintelectuales

El prestigio del intelectual moderno ha estado bastante extendido durante muchas décadas entre muchas capas sociales. En nuestro tiempo, la intelectualidad posmoderna ha fingido tratar de "autodestruirse" al considerar que el discurso del intelectual es tan válido como cualquier otro, pues al fin y al cabo la figura del intelectual es necesariamente una figura construida sobre un discurso de poder, arbitrariamente legitimado (sobre unas clases sociales: las que algunos llaman medias-altas; sobre una cultura: urbana, occidental, blanca; sobre un género...).



Pero esa crisis de legitimidad no ha sido durante buena parte del siglo XX el principal motivo para el rechazo del intelectualismo en ciertos movimientos políticos. En concreto, tanto el fascismo musoliniano como el estalinismo rechazaron la figura del intelectual. Los fascistas promovieron una cierta forma de irracionalismo político, los estalinistas consideraban cierta forma de libre expresión como una desviación pequeño-burguesa alejada del proyecto del proletariado. El problema no era en sí mismo el pensamiento, sino el pensamiento disidente, el no sometimiento a las directrices del caudillo y su proyecto político. Al fin y al cabo tanto unos como otros tuvieron a su lado a conocidos intelectuales que no fueron lanzados a los cocodrilos, como los poetas Ezra Pound (seguidor de Mussolini) y Pablo Neruda (defensor de Stalin hasta la muerte del georgiano).

El antiintelectualismo anarquista

Frente al ataque al pensamiento disidente de los diferentes totalitarismos, buena parte del movimiento anarquista se ha considerado antiintelectual por motivos hondamente humanistas.

El intelectual entendido no solamente como hombre capacitado para un profundo análisis de la realidad, sino como individuo especialmente dotado para las labores relacionadas con el pensamiento, establece la legitimidad de la división de trabajo intelectual y manual.

Ya desde el siglo XIX los anarquistas se preocuparon por la construcción de un hombre integral como se fomentaba en sus proyectos educativos (un ejemplo: Paul Robin y el orfanato Cempuis):

> «En interés del trabajo y de la ciencia, no deberán existir ni obreros ni intelectuales, sino sólo hombres.»
>
> Mijail Bakunin

Es evidente que realizar un análisis de las clases sociales (que es tanto como decir las capas, estratos o jerarquías de una sociedad) no puede basarse sólo en la cantidad de capital económico de la que disponen los individuos sino que viene dada por la acumulación de conocimiento prestigioso (capital cultural), títulos académicos (capital educativo), redes de clientelismo (capital relacional), etc. Los anarquistas, por eso, desde sus orígenes entendieron que no puede haber igualdad real entre un ilustrado abogado y un zapatero analfabeto aunque ambos ganaran la misma cantidad de dinero o dispusieran de la misma cantidad de bienes materiales. Por eso, muchos libertarios se esforzaron en atacar la labor intelectual para ponerla en al mismo nivel que cualquier otra forma de trabajo.

Los intelectuales siempre han pretendido legitimar su labor. Para ellos el pensamiento abstracto es la máxima expresión de la producción humana. Por tanto, su tarea en tanto que ensalzadora del prestigio de la creación o labor intelectual frente a cualquier otra forma de actividad es legitimadora de una determinada meritocracia. No es casualidad: toda forma de poder tiene como primer objetivo perpetuarse a sí misma. Igual que los líderes sindicales temen la emancipación de los trabajadores, algunos tenemos la certeza de que los intelectuales no pueden hacer otra cosa que temer el día en que su opinión sea una más (o que su labor valga como cualquier otra) porque entonces, desde ese momento, ya no serán intelectuales.

Breves

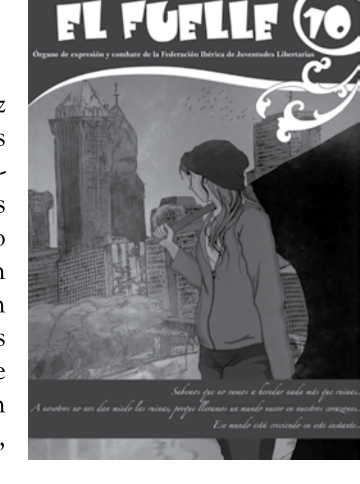
La publicación que tienes entre manos es un proyecto autogestionado de los Grupos Anarquistas de Madrid, por ello su solvencia depended e unos pocos solidarios/as que colaboran para que estos textos puedan salir a la calle para la difusión de las ideas anarquistas. Si quieres que este proyecto siga teniendo vida puedes colaborar en este número de cuenta:
2100 4846 92 22 00128996

Para dudas, sugerencias o lo que sea escríbenos a nuestra dirección que es:
gruposanarquistasdemadrid@riseup.net



Si quieres conocer algunos otros proyectos, campañas, actividades culturales o sociales de los diferentes grupos que forman Grupos Anarquistas de Madrid puedes entrar en los espacios web de esta publicación (publicacionimpulso.noblogs.org) o directamente en la web del Grupo Heliogábalo (http://www.grupoheliogabalo.org/) o de los Grupos Bandera Negra o Juventudes Anarquistas de Carabanchel de la FIJL de Madrid cuyo espacio en internet es: http://juventudeslibertariasmadrid.wordpress.com/

Prensa anarquista: El Fuelle



Esta publicación, portavoz para la difusión de las ideas y las luchas de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, ya va por su décimo número profundizando en un proyecto que con cada edición nos muestra las preocupaciones de los diferentes grupos que forman parte de esta federación bien sobre temas de actualidad, bien sobre temas más o menos clásicos en los debates internos del movimiento libertario.

Alejados de las visiones académicas o de la actualidad que caduca en dos días la FIJL nos acerca temas que no pretenden contentar a un lector determinado si no más bien dar a conocer su forma de analizar nuestro presente con la mirada muy fija en los objetivos a largo plazo y muy alejadas de lo que la FIJL parece considerar modas de los actualmente denominados movimientos sociales.

Dada la estructura organizativa de la FIJL y su visión sobre su órgano de expresión y combate no vamos a poder encontrar en *El Fuelle* la homogeneidad de otras. En ella observarán los curiosos temas a menudo inconexos que muestran la realidad de cada grupo por encima de otras propuestas cuya actividad gira alrededor de su publicación en vez de la publicación girar alrededor de su actividad social, cultural o de cualquier otro tipo.

Alejada también de cualquier efectismo encontraremos esta revista que pretende servir sobre todo para hacer llegar el anarquismo a cualquier joven que tenga interés en el mismo.

Para conocer más detalles sobre el órgano de expresión de las Juventudes Anarquistas te recordamos la dirección en internet en la cual podrás encontrar más información:
http://www.nodo50.org/juventudeslibertarias/?p=el-fuelle